

Texto de Rodolfo Biscia para acompañar FRONTERIZO Y TRASLACIÓN

Una exposición de Mónica Giron en ZavaletaLab
en Buenos Aires, mayo-junio 2013

Fascinación y distancia

Aunque evoquen la potencia abstracta de un ojo divino, los Eclipses de Mónica Giron se ubican lejos de la teología; pertenecen más bien a la disciplina intelectual de una astronomía imaginaria. Son ante todo dispositivos para entrenar la concentración. Para que el espectador, si está dispuesto, deje pendular su atención entre un centro equívoco y todo aquello que tiembla o se agita en su periferia: remolinos incipientes, otros centros que se desgajan y rivalizan, espirales de moléculas que insinúan tal vez el borboteo de lo real. Unas pupilas díscolas nos reclaman desde el interior de esos grandes ojos a los que fue negado el regalo idiosincrásico de un iris y que exhiben sin complejos un estrabismo de cíclope. En torno a estas pupilas apenas descentradas se agitan mundos en gestación, paisajes desleídos, humaredas y fuegos de apocalipsis. Una plantilla vagamente octogonal contiene estas cosmogonías discretas o catastróficas. También el diálogo entre la vaciedad y la sobreabundancia, entre el blanco desnudo del papel de algodón y unos anillos dinámicos que, como un cinturón de asteroides gaseosos, amenazan violar las fronteras de ese bastión circular, sin lograrlo nunca.

Al confrontar estos eclipses atípicos se es objeto –¿o sujeto?– de una incontrolable pulsión escópica. El espectador contempla estas máquinas de pura visión a la vez que es contemplado por ellas. Absorbidos y, a la vez, rechazados por la fuerza del blanco central, los planos de profundidad sugieren quizás la idea de una cúpula. Podría decirse que, incluso al ser abordados de manera frontal, estos ojos panópticos recuerdan el vano que el Panteón romano exhibe en su cúpula, esa audaz abertura circular donde es fácil reconocer un símbolo precario de la trascendencia. En un análisis minucioso, Peter Sloterdijk lo presentó como un caso ejemplar de la alianza entre la metafísica y la arquitectura: emblema de un orden cósmico conseguido a

fuerza de estilización y también de un cierto desprecio por las aberraciones empíricas del mundo real. Ante esa estabilidad tan clásica, Giron opone una cosmología levemente fuera de quicio. Porque el equilibrio en la composición –un equilibrio bien barroco: hecho de pura tensión– no atenúa la inquietud que genera un alineamiento imperfecto, apenas desajustado. Si de eclipses se trata, hay que pensar en astros que describen trayectorias irregulares y que, a su paso, van declinando variaciones del descentramiento. “Apenas quieres estar del todo en el centro de algo, te sientes expulsado nuevamente al margen: ¡ésa es hoy la vivencia de todas las vivencias!”, le oímos decir a Ulrich en un pasaje de *El hombre sin atributos*.

Si los Eclipses fascinan mediante un efecto sutil de distanciamiento intelectual, la serie SX reconforta al indagar en la capacidad de fusión entre dos cuerpos. En un crescendo virtuoso de destreza técnica, exhibe también un escandaloso romanticismo conceptual. Ahora se insinúan parejas de figuras menos que humanas, con algo de amebas y la sencillez que precede a toda individuación. Se trata de protoformas, cuerpos emocionales que se entrelazan y, no sin distorsiones, se espejan. A veces intersecan sus globos oculares; otras veces arriman sus miradas en actitud de idilio. Pero casi siempre se funden con la suavidad de dos gotas de agua: lo que vemos es el espectáculo de sus relaciones osmóticas. En su plenitud autosuficiente – que es también una plenitud heterodependiente– algunos de estos dúos recuerdan a los seres bisexuales que Aristófanes evoca en el *Banquete* de Platón. Pero los seres dúplices y únicos de Giron tiñen también el mundo circundante, y son teñidos por él. Difícil decidir si lo que vemos al margen es la materialización de un exterior hostil o la caricia de las corrientes amnióticas, la figuración del mundo a secas o la emanación de un aura concebida à deux. Al entrar en el círculo mágico de sus relaciones de proximidad, estas figuras revelan una interioridad facetada como el cristal y hecha de

pliegues, veladuras, de mil capas superpuestas sobre otras capas. Algunos verán allí chakras imaginarios. Sin menos razones, otros percibirán emanaciones energéticas de acuerdo a una anatomía subcutánea, surgida no tanto de la disección de un cuerpo muerto como de la cartografía muy viva de los vínculos invisibles. Lo que es indudable es que, a través de sus corrientes y oleajes de interacción, las parejas de SX ponen en escena el acto de una aproximación fascinógena. En palabras más simples: nos hablan de la esencial tendencia de dos seres a la cercanía. Heidegger sostuvo que el existente humano –el tan traído y llevado Dasein– es esencialmente “desalejador”. La proxémica –una de las ramas más evanescentes de la antropología– nació como estudio del modo en que el hombre regula las distancias respecto de las personas y las cosas. Sloterdijk supo retomar el hilo de esta disciplina, conjugándola con las intuiciones de Gaston Bachelard; concibió sus investigaciones como un complemento a Ser y tiempo dedicado a explorar los lazos, no menos cruciales, entre el ser y el espacio, y bautizó esta ciencia delirante con el nombre de “esferología”. Muchas de sus afirmaciones parecen pensadas para ilustrar la propuesta de Giron. Sirva como ejemplo el siguiente pasaje: “Mucho antes de que consiguieran imponerse los axiomas de la abstracción individualista, los filósofos-psicólogos de la temprana Modernidad habían dejado claro ya que el espacio interpersonal está saturado de energías que, concurriendo simbiótica, erótica y miméticamente, desmienten radicalmente la ilusión de la autonomía del sujeto”. Y también: “Nuestros sondeos en el campo microsérico mostraron que los seres humanos son seres vivos que, en principio, no pueden ser, o estar, en ninguna otra parte que en los invernáculos sin paredes de sus relaciones de proximidad. En ese sentido, la microsferología no es otra cosa que una antropología proxémica”. Aquello que Sloterdijk se esfuerza por teorizar con tanta profusión de filosofemas y neologismos, las acuarelas de SX lo materializan de

modo más inmediato al sondear, con la sola ayuda de puras manchas de color, las corrientes que unen o desunen a dos seres y que entreveran su mundo común. Aunque la serie de Giron se sitúa más acá de toda antropología, reconfirma poéticamente los hallazgos ocasionales del autor alemán: sobre todo si recordamos que la microsferología puede describirse como “una travesía sosegada por los abovedamientos de la intimidad consubjetiva”.

De este modo, atando cabos que es difícil hallar anudados en otras propuestas, la obra reciente de Mónica Giron logra moverse con fluidez entre los polos de lo mental y la afectividad, entre la distancia y la fascinación. Pero al ir de una serie a la otra, da muchos pasos en uno. Va de la abstracción geometrizable a la figuración protohumana, y del paisaje cosmográfico al de los lazos que arremolinan a dos seres en el interior de paraísos o infiernos compartidos. Sloterdijk tal vez añadiría que Giron recorre el camino desde la macrosfera hasta la microsfera. En cualquier caso, el camino de ida y vuelta es uno y el mismo. Es que ambas series –ambos relatos– están escritos por la misma mano y, se diría, con la misma tinta: una acuarela que, sin dejar de tocar ningún punto del espectro cromático, fragua paisajes sombríos o esplendores de cuarzo pero que es, a la vez, la más discreta expresión de densidad de la materia. Como si en este asunto el espíritu, o el alma, lo fuera todo.

Rodolfo Biscia
Mayo, 2013

Rodolfo Biscia es licenciado en Filosofía y becario doctoral del Conicet. Ha escrito trabajos sobre filosofía política, estética y literatura, e integra la redacción de Otra Parte, Revista de letras y artes.

Lecturas

De Peter Sloterdijk, se alude, en primer término a “Excurso 4: Panteón. Sobre la teoría de la cúpula”, en Esferas II. Globos. Macrosferología [1999], Siruela, Madrid, 2004, pp. 375-401; más adelante, a “Seres humanos en el círculo mágico. Para una historia de ideas de la fascinación de proximidad”, en Esferas I. Burbujas. Microsferología [1998], Siruela, Madrid, 2003, pp. 197-244.